



---

# TRABAJO FINAL DE GRADO

---

Adolescencia y Cortes en el Cuerpo



Autora: Ximena Luna  
CI: 4.633.243-7  
Tutora: Silvana Contino  
Revisora: Margarita Fraga  
MARZO DE 2017

## Tabla de contenido

Resumen.....	2
Introducción.....	3
Marco teórico.....	5
El cuerpo desde una perspectiva psicológica.....	5
Perspectivas para pensar la adolescencia actual.....	8
Esbozando posibles significados y sentidos en relación a marcar el cuerpo.....	11
Articulación teórico-clínica.....	16
Conclusiones.....	25
Referencia.....	29

## Resumen.

La presente monografía, se encuentra en el contexto del trabajo final de grado de la carrera de licenciado en psicología. Versa sobre el interés de la adolescencia y los cortes en el cuerpo.

El objetivo de la misma es develar posibles significaciones y sentidos que encierra el acto de marcar el cuerpo, específicamente el acto de cortarse en la adolescencia.

En la misma se va a encontrar un recorrido teórico bibliográfico en referencia al cuerpo, la adolescencia y los cortes. Centrándose en un desarrollo teórico e ilustrado con una viñeta clínica extraída de las prácticas académicas.

La adolescencia es una etapa de transición entre la infancia y la adultez, necesaria para alcanzar la madurez. Involucra cambios a nivel físico, gracias al advenimiento de la pubertad, y a nivel psíquico, por lo cual se generan crisis y conflictos. Se considera que esta etapa entra en los límites de lo normal y lo patológico. Por ese motivo, da paso a acciones que requieren ser analizadas.

Los cortes en el cuerpo adolescente pueden estar hablando en el acto, lo que no se puede poner en palabras. Estos están conectados intrínsecamente con los devenires de la transición adolescente. Adolescentes insertos en un contexto histórico, social y cultural.

Palabras claves; Adolescencia, Cuerpo, Cortes.

## Introducción.

A partir del recorrido por las prácticas en el ámbito universitario en el marco de la carrera de grado de la facultad de psicología y en la clínica con adolescentes, la consulta psicológica presentaba una particularidad que merecía atención, las marcas en el cuerpo. Como ser cortes en los brazos. A partir de dicha experiencia, surgió la interrogante acerca del origen de las mismas, que hay detrás de ese acto, que se puede encontrar en relación al acto de cortarse, desde una perspectiva psicológica.

En la consulta psicológica con adolescentes que tenían esta presentación se pudo visualizar, que dichos actos venían acompañados de discursos, narrativas que expresaban situaciones dolorosas para el adolescente. Muchos de estos jóvenes no lograban traer en su discurso, conexiones entre el acto de cortarse y el malestar que los aquejaba, al menos a nivel consciente. Al respecto, el desafío clínico de las intervenciones se centró en poder llegar a una tarea conjunta que habilitara la posibilidad de conocer los motivos por los cuales se llega a la situación de cortarse. Dando paso de esta manera a historias de vida, de sentir de cada adolescente que permitan conocer el dolor de cada joven.

En este sentido, parafraseando a M. Viñar (2009) se torna importante mencionar la relevancia que tiene, poder detenerse a reflexionar acerca de qué se mira y desde donde se mira, esto implica conocer como terapeutas la posición que cada uno tiene en relación a la adolescencia y a ciertos fenómenos que hoy se hacen presente en la clínica, el análisis de esta postura va a habilitar una mejor comprensión de la situación en el encuentro, entonces implicaría conocer desde donde se conoce.

Al respecto es sumamente importante poder llegar a una evaluación de la vivencia subjetiva del paciente en relación a su acto, y no sustituir este desde los significados inconscientes que el psicoanalista supone (Contino 2015). Esto va a traer aparejado llegar a un conocimiento y una comprensión mutua de lo que sucede en el ámbito clínico.

El objetivo de este trabajo final de grado es explorar desde lo bibliográfico las posibles significaciones que tienen las marcas en el cuerpo adolescente, para el adolescente. Para articular la teoría y la práctica clínica, se ilustrarán los desarrollos con una viñeta clínica extraída de las prácticas académicas. Se pretende llegar a una comprensión de la temática planteada, que habilite seguir cuestionando y reflexionando acerca de la misma.

Por lo tanto, se partirá por trabajar la noción de cuerpo para el psicoanálisis, ya que esto va a aportar insumos a la hora de pensar el cuerpo desde una perspectiva psicológica.

Por otro lado, se considera pertinente aportar algunas perspectivas acerca de la adolescencia actual, ya que las nociones que aportan los diferentes autores servirán para poder entender al adolescente en su contexto social cultural actual.

Por último, se especificará en las marcas en el cuerpo, partiendo de nociones generales acerca de las mismas, pretendiendo arribar a la marca particular del corte que se realiza una adolescente, develando posibles sentidos y significaciones de los cortes de la paciente en particular de la viñeta clínica.

A modo de cierre, se plasmarán las conclusiones a las que se arribaron, luego del recorrido teórico y su articulación con la práctica, pretendiendo subrayar los alcances de dicho trabajo y por qué no las limitaciones encontradas en el trayecto de construcción del mismo.

## Marco teórico.

### El cuerpo desde una perspectiva psicológica.

A partir de Freud nace el psicoanálisis y con él la escucha del malestar del sujeto, en un comienzo no era cualquier sujeto, se trataba de las histéricas y la expresión en el cuerpo de su malestar. En Freud vemos los primeros intentos de estudiar lo psíquico y lo físico, como paralelos, dicho autor argumentaba que lo orgánico se corresponde con lo psíquico en un proceso indisoluble, donde toma relevancia la noción de inconsciente como un nuevo territorio al que se le atribuye el carácter de entre lo psíquico y lo somático, (Freud 1895).

Ya Freud en Tres Ensayos (1905) destacaba al cuerpo como fuente de excitaciones, plantea que lo somático alcanza a través de la representación lo psíquico. Con la introducción al concepto de narcisismo (Freud 1914) va destacando como el cuerpo está cada vez más asociado al yo, al punto de constituir un núcleo al momento inicial de su constitución. En este sentido se torna relevante mencionar el aporte de Lacan quien le agregara que es fundamental la mediación del Otro que hace de soporte con su imagen para que la identificación primaria pueda establecerse, aquí estamos hablando de lo que llamaría Lacan el estadio del espejo (1949) de esta forma asistiendo al nacimiento del yo. En esta línea podemos pensar al cuerpo como una realidad construida, ya que sabemos que un organismo vivo no constituye un cuerpo, podríamos pensar al cuerpo como un organismo vivo más una imagen, brindando de esta manera un sentimiento de unidad desde esta perspectiva Lacaniana (De Cristóforis, 2006).

Retomando a Freud, en “el yo y el ello” (1923) el Yo es en su esencia-cuerpo y constituye la proyección de lo somático en lo psíquico, pudiendo de esta manera relacionarlo con el concepto de si-mismo en tanto aspecto nodular de la identidad.

Es en los aportes freudianos donde se encuentra el puntapié inicial para pensar esta cuestión de psiquis soma, este autor teorizaba el síntoma como expresión simbólica de un deseo reprimido.

Aportes más contemporáneos como los de Didier Anziu (2007) colaboran a continuar pensando acerca del cuerpo, dicho autor, propone la noción del Yo-Piel, este es un concepto operatorio que precisa el apoyo del Yo en la piel, esto implica una homología entre las funciones del Yo y la envoltura corporal. La piel es considerada como la envoltura del cuerpo, así como, la conciencia envuelve el aparato psíquico.

Por lo tanto, el Yo como la piel, se estructura, para este autor, en una interfaz que permite enriquecer las nociones de frontera, de límite y de continente en una perspectiva psicoanalítica.

El Yo- Piel es una realidad de orden fantasmático representadas en las fantasías, los sueños, el lenguaje corriente, las actitudes corporales y los trastornos de pensamiento a la vez y, también proporciona el espacio imaginario que constituye la fantasía, el sueño, la reflexión y cada organización psicopatológica. (Didier Anzieu 2007).

Esta estructura del Yo-Piel emerge de la construcción del vínculo madre-bebé. La madre y el niño se hablan por la piel, teniendo esta relación una función primordial, ya que aporta al niño a través de los cuidados, “envoltura, contener el contenido”, lo que brinda confianza y serenidad en el niño.

Con el término Yo-Piel designo una figuración de la que el niño se sirve en las fases precoces de su desarrollo, para representarse a sí mismo como Yo que contiene los contenidos psíquicos a partir de superficie del cuerpo. Esto corresponde al momento en el que el Yo psíquico se diferencia del Yo corporal en el plano operativo y permanece confundido con él en el plano figurativo. (Didier Anzieu 2007, pág. 50- 51).

Para dicho autor la instauración del Yo-Piel respondería a la necesidad de una envoltura narcisística y a su vez asegura el aparato psíquico la certeza y la constancia de un bienestar básico. Ahora bien, podríamos decir que, así como la piel cumple una función de sostenimiento del esqueleto y de los músculos, el Yo-Piel cumple la de mantenimiento del psiquismo (Anzieu 2007). Es interesante detenerse a pensar, la piel como un dato originario del nivel orgánico e imaginario a la vez. Pensar la piel como sistema de protección de la individualidad y a su vez como el primer instrumento y lugar donde se producen los intercambios con los demás. La piel representaría la sede tanto del dolor como del bienestar, transmite al cerebro toda la información que llega del mundo exterior, de los mensajes palpables y los impalpables. La piel tiene un estatuto de intermediaria, de separación de trascendencia (Anzieu 2007).

Pensar la piel según este autor, como la sede del bienestar y también la seducción, en tanto que proporciona a la persona tanto dolores como placeres. La piel es sólida y frágil, en ella se materializa la indignancia por la desnudez, pero también expone la excitación sexual. “Traduce nuestra vulnerabilidad por su finura, nuestro desamparo originario mayor que el de cualquier otra especie, y, al mismo tiempo, nuestra flexibilidad adaptativa y evolutiva” (Anzieu 2007, pág. 29).

La piel protege de las perturbaciones exógenas, manteniendo así el equilibrio del medio interno, pero en cuanto a su forma, textura, coloración y cicatrices conserva las marcas de esas perturbaciones. Por lo tanto, la piel cumple funciones, como el saco que contiene y retiene lo bueno y lo pleno, que etapas como la lactancia, los cuidados primarios, han acumulado en él. Por otro lado, es la interfaz que va a marcar el límite con el afuera, también como barrera que protege de las agresiones que provienen de los demás seres y objetos. Y es un lugar y un medio de comunicación con el prójimo, la piel como el único sentido que recorre todo el cuerpo (Anzieu 2007).

Otra noción para pensar el cuerpo como, “El tenue lazo que existe entre uno y uno mismo, y el que nos relaciona (que nos asocia y opone) con el mundo, es en ambos casos, el cuerpo” (Le Breton 2003, pág. 104). El autor plantea que la evidencia de que uno existe es porque su cuerpo está vivo. A algunas personas les basta saber biológicamente que están vivas, otras necesitan ir un poco más allá, y encontrar sentido a la existencia, un sentido que a veces se comienza a buscar por el cuerpo. Es por eso, que el cuerpo, según dicho autor, debe amarrarse a algo para que la vida encuentre un sentido, tratando de buscar y encontrar una experiencia del cuerpo y desde ahí iniciar una relación con el mundo.

Ahora bien, llevando estas nociones de cuerpo, al adolescente, se visualiza, que se trata de un cuerpo vinculado a la sensorialidad, al dolor, al placer, a la sexualidad (Scalozub 2007). Existe en el adolescente un extrañamiento generado por los cambios que se suscitan en esta etapa, que pueden hacer vivir al púber, por la eclosión sexual, una sensación de que se tiene un cuerpo ajeno, ajeno para su psiquismo. En este sentido, se entiende que en el proceso adolescente está implicado un trabajo psíquico, que tiene que ver con la apropiación de un nuevo cuerpo (Contino 2011).

### Perspectivas para pensar la adolescencia actual.

En la adolescencia se suscitan cambios, movimientos, no solo al nivel del cuerpo, sino también a nivel psíquico. Al respecto Cao (2013) nos plantea la adolescencia como una transición riesgosa, si bien entiende que esta es una etapa del momento evolutivo, la misma posee características que la hacen ser una transición, ya que está vinculada con lo temporal, en el sentido de que se transita como un pasaje que ocurre entre la infancia y la adultez. El autor también se refiere a transición ya que se suceden cambios en el cuerpo, en los pensamientos y responsabilidades. En los lugares a ocupar, tanto en el futuro como en el presente, ya que estos últimos se ven bruscamente modificados por las pérdidas sufridas en relación a la identidad infantil. En este sentido esta transición adolescente respecto a la remodelación de la identidad opera en los jóvenes tanto confrontando los modelos de conductas aceptables tanto para la familia como para las instituciones, o aceptando los mismos. De ahí la gran gama de matices que permite integrar lo propio y lo ofertado, dando paso así a una síntesis singular y creativa de cada sujeto. Que no siempre es fácil ni posible (Cao 2013).

En esta transición, en esta remodelación se presenta en el registro intersubjetivo del adolescente una pérdida de las representaciones y afectos que poblaban su mundo en la niñez. Generando de esta manera, un vacío, que lleva al adolescente a un deseo intenso de búsqueda de modelos que le permitan, paliar con la angustia que le genera el vacío y por otro lado que lo sujeten y lo afirmen frente al vértigo que está transitando en la crisis adolescente.

Cao plantea el concepto de “caja de resonancia” que es oportuno a la hora de pensar la adolescencia, dicho autor nos dice que la adolescencia funciona como una caja de resonancia de la cultura a la que pertenecen los jóvenes. Este aporte es crucial para pensar los adolescentes de hoy. Al respecto se ve como en cada época, en los diferentes tiempos ha generado distintas fisonomías, Cao menciona como ejemplo la década de los 50 “rebeldía sin causa y rockanrollera”, en los 60 el pacifismo hippie, “hagamos el amor y no la guerra”, mayo francés 68 la imaginación revolucionaria, y por último la insoportable levedad y apatía de los posmodernos de los 90 (Cao 2013).

Le Breton (2003) plantea al respecto la asistencia a una época, donde prima la cultura Punk, la misma presenta al mundo como un lugar donde la lucha se torna, individual y primitiva, que se caracteriza en una lucha íntima por la supervivencia.

Donde no hay esperanza ni salvación, mucho menos promesas de días mejores, no habría nada más en que creer.

Al respecto Viñar (2009) habla de las adolescencias, para referirse a este aspecto, que apunta a la construcción cultural y social, subordinado a un contexto de tiempo, espacio y circunstancias, por lo cual queda configurado una unidad mínima e indisociable.

La elección del plural para “adolescencias” busca preservar la diversidad y singularidad de los casos, tanto en lo que remite al psiquismo (estructuración psíquica y/o construcción identitaria) como a los factores socioculturales que las configuran y moldean. (M, Viñar, 2009, pág. 9)

Es interesante pensar la época actual, en la inmediatez de la descarga que oferta la “cultura del consumo” y las dificultades que conlleva la construcción del pensamiento simbólico (Cao 2013). En relación a lo mencionado queda de manifiesto la imposibilidad de simbolizar, de subjetivar los acontecimientos, en la imposibilidad de la palabra como vehículo de comunicación con el otro y con uno mismo. Dando como resultado a una descarga inmediata de acciones que quizás pretendan “hablar” por si mismas. Se torna interesante pensar en los cortes, como una capacidad de retener algo, en esta modernidad líquida. Al respecto Cao nos plantea que no hay formas de representar, de pensar, de hacer y sentir que no tengan sus raíces en el entramado social, en definitiva, los modos de representar van a estar ligados íntimamente con la época social e histórica. Creando de esta manera un imaginario adolescente, nutrido de los ideales y valores de cada época.

Por otro lado, es relevante subrayar, que en la adolescencia es fundamental que los padres acompañen al joven, desde una función contenedora, donde haya establecimiento de límites, aportándole de esta manera el sentimiento del valor de su existencia y a su vez asegurarle su presencia sólida y afectuosa a su lado (Le Breton 2003).

En este sentido se torna esencial el necesario conflicto intergeneracional (Viñar 2009), donde el adulto cumple un rol fundamental, en primer lugar, es una manera de estar presente en la vida del adolescente, como referente, donde el joven puede acoplarse u oponerse a ese adulto, pero de todas formas esa relación, va a colaborar a la construcción de sentido y valor en la vida del adolescente. El autor plantea que, en la época actual, asistimos a una suerte de retirada del mundo adulto, dejando solo al adolescente, con todo lo que ello conlleva.

Le Breton (2003) plantea como “juvenilismo” a la actitud tomada por el adulto, esta consiste en que los mayores han desaparecido o renunciado al rol que les corresponde, ya que ellos pretenden seguir siendo jóvenes. Lo que conlleva a una falta de referentes, de figuras adultas responsables, que contengan, acompañen y transmitan valores, que aporten sistemas simbólicos capaces de fundar cultura en los jóvenes, en esta etapa. “En la adolescencia se realiza la simbolización del hecho de existir y la entrada activa como miembro integro, en una sociedad donde es posible sentir el gusto de vivir” (Le Breton 2003, pág. 26)

En este sentido, Luis Kancyper (1997) plantea que la confrontación generacional es un punto nodal en la crisis adolescente ya que la misma está ligada a la conflictiva nada más y nada menos, de la libertad y la plasmación de la identidad. Pero cuando se asiste a la falta de ese otro discriminado, se está frente a una denegación del enfrentamiento y la confirmación intergeneracional, ya que nadie puede confrontar con el otro en ausencia. A través del odio y la agresividad, mociones y emociones fundamentales según dicho autor, se posibilita la admisión del objeto, tanto como exterior a uno, y que a su vez opera como condición fundamental para que pueda instalarse una tensión entre opuestos, desplegándose de esta manera, un movimiento dialectico de discriminación y oposición entre generaciones. Por lo tanto, la crisis en la adolescencia, es un proceso que incluye a hijos y padres en un mismo tiempo y movimiento de turbulencia, donde todos se encontraran atravesados por la re significación de la incertidumbre ocasionada por las diversas angustias.

Dicha confrontación generacional y fraterna, protege la estructura de alteridad, la condición o capacidad de ser otro o distinto, posibilitando de esta manera el desarrollo y el devenir de la vida subjetiva, preservando de esta forma al sujeto de eventuales alienaciones (Kancyper 1997).

Cuando falla esta relación con los adultos que operan como referentes confiables, se asiste por parte del adolescente, a la carencia de significados y de límites, provocando un vacío y sufrimiento en el joven, que lleva al mismo a enfrentar al mundo físicamente, donde se busca encontrar referentes, para ubicarse en el mundo. “A falta de poder marcar sus propios límites en un tejido relacional flexible y consistente, esos adolescentes se ven obligados a “desgarrarse” para sentir que existen” (Le Breton 2003, pág. 96). Posteriormente se desarrollará este punto plasmando los efectos de la batalla cuerpo a cuerpo que el adolescente lleva a cabo en su vida.

### Esbozando posibles significados y sentidos en relación a marcar el cuerpo.

En la adolescencia se hacen presentes las conductas de riesgo, auto o hetero-agresivas; parafraseando a M. Viñar (2009), en un mundo donde se prodiga el espectáculo y la exhibición, se junta el festín y las ganas de comer. De esta forma vemos que se construyen y fomentan ciertas conductas, que se hacen oír en la clínica, son las llamadas conductas de riesgo. Según D. Le Breton (2011) dicha expresión se utiliza para designar una serie de conductas discordantes, en donde el común denominador consiste en una exposición de sí a una probabilidad de herirse o morir, de lesionar su porvenir personal o poner su salud en peligro. Se podría pensar en relación a esto, la autoagresión que se genera el adolescente que se corta, que se marca el cuerpo, no olvidemos que el cuerpo en la etapa adolescente, es el campo de batalla de la identidad (Le Breton 2011). Ahora bien, en esta etapa de vacío que transita el adolescente, dicha conducta puede llegar a constituir una última manera de fabricar sentido y valoración, más allá de todo el sufrimiento que esta conducta implica, tiene una vertiente positiva, ya que favorece la toma de autonomía del adolescente. Estas búsquedas de sus propias marcas, por lo general habilitan a una mejor imagen de sí mismo, son como un medio de construcción de identidad (Le Breton 2011).

En relación a lo mencionado líneas arriba Scalozub (2007). plantea “Marca en el diccionario de María Moliner, es la señal dibujada, pegada, hecha a fuego, etc. en una cosa, un animal, una persona, para distinguirla y saber a quién pertenece” (Scalozub 2007, pág. 5). De esta manera las marcas elegidas, que se realizan en el cuerpo, tendrán el sentido, entre otros, que permitirán pertenecer.

Podemos pensar dicha conducta según Le Breton, como un rodeo simbólico, donde poder asegurarse el valor de su existencia. Son ritos íntimos dice el autor, donde se fabrican sentidos. Lo que los jóvenes se infringen son ritualizaciones salvajes de un pasaje doloroso, lo llama momentos “transicionales”, el cuerpo sería como un objeto transicional proyectado al mundo duramente, continuando así una marcha penosa de confusión. De esta manera el cuerpo officaría de ancla, que se tira en la profundidad de un mundo que no se comprende y donde hay un enorme vacío. Es un ancla que permite enganchar algo y de esta manera construirse alrededor de una solidez que por fin ha sido encontrada (Le Breton 2011).

Es importante tener presente que en la adolescencia el cuerpo juega un papel fundamental, “Se trata de otro cuerpo, el vinculado a la sensorialidad, al placer, al dolor, a la sexualidad y a lo enigmático de su significado para el psicoanálisis” (Telma Scalozub, 2007, pág. 1.)

Para Le Breton (2003) el riesgo es una manera, un modo de vivir que toma el adolescente. Las conductas de riesgo para dicho autor, son un camino semi-clandestino donde el joven puede construir una identidad, enfrentándose a los límites, siendo estos sociales o individuales. Haciéndolo desde una radicalidad que requiere de una ordalía personal en la cual se interroga a la muerte, solo para saber si la existencia vale la pena ser vivida. El joven realiza un juego simbólico con la muerte donde encuentra a través del mismo una manera, radical pero poderosa de interrogar el sentido de la vida. En este sentido, dicho autor, marca una diferencia entre las conductas de riesgo y la voluntad de morir. Para éste dichas conductas son desvíos simbólicos que el adolescente hace para asegurarse del valor de su existencia y de alguna manera, alejar el temor a la propia insignificancia personal, llegando a ser ritos íntimos de elaboración de sentido. Dichas conductas, serían una estrategia inconsciente para existir a pesar de las circunstancias. Podría pensarse que se provoca el enfrentamiento con la muerte para poder vivir, es un enfrentamiento simbólico, donde la superación de ese enfrentamiento permite seguir viviendo bajo la seguridad de una nueva legitimidad. Ya que de esa situación se sale distinto, provoca en el joven cambios en su subjetividad. Se puede decir que estas conductas, tienen una eficacia simbólica, ya que la muerte o las heridas, serían el precio a pagar en pos del “beneficio” de la metamorfosis que tendría el adolescente (Le Breton 2003).

“La estabilidad se descubre controlando desequilibrios buscados intencionalmente” (Le Breton 2003, Pág. 52). Se podría pensar según este autor, que estos desequilibrios que implican las conductas de riesgo, poseen un sentido por parte del joven, ya que el mismo buscaría provocar algo en el otro, al respecto, podría ser la búsqueda de cuidados y reconocimientos.

Como es de conocimiento, las conductas de riesgo conllevan distintos grados de violencia, en este sentido, Le Breton, hace referencia a los vínculos deteriorados en las relaciones del joven con los adultos, donde muchas veces la violencia está arraigada a su contexto familiar, lo cual colabora a la banalización de ésta en las relaciones con las personas del entorno. En este sentido la violencia tomaría un matiz particular, actuaría como una virtud de sacudir la inercia y promover la vida.

Como es sabido, el adolescente es invadido por la inercia y encontraría en la violencia, movimiento, acciones vividas con intensidad donde podría sentirse “vivo”. Ahora bien, como existe un debilitamiento de la adquisición de una herencia simbólica portadora de sentidos y límites, según este autor, las conductas de violencia y excesos van a estar vinculadas al deseo, no solo de desligarse, sino también de no aferrarse a ningún orden simbólico tranquilizador, lo que podría involucrar un desanclaje existencial, simbólico y social. El joven se retira del mundo simbólico, del sentido, para marcar su existencia al ritmo de los latidos del mundo pulsional (Le Breton 2003).

Ahora bien, reflexionando en relación a marcar el cuerpo, dicha marca puede oficiar como herida con eficacia simbólica en la medida que de alguna manera, éstas transforman la realidad del sujeto, donde aparece un redimensionamiento de la imagen propia, como un lugar donde se puede volver a buscar una función identificadora y creadora de sentido (López 2004).

Las marcas o tatuajes en la piel se sitúan en una zona fronteriza entre la imagen y la escritura. Lo cual explica el lugar pre verbal (para el psicoanálisis) o pre artístico (para el arte terapia) zona de nadie, zona difusa, interesante como zona de “balbuceo” del emerger del inconsciente. (Jaume Cabezuelo, pág. 6 s/f).

En este sentido se torna interesante pensar en los aportes de Lacan, donde el autor plantea que cuando se suspende la eficacia simbólica, el imaginario cae en lo real (Gatto 2003). Por un lado, el fracaso de la ficción simbólica lleva al sujeto a aferrarse cada vez más a simulacros imaginarios (orden imaginario), Por otro lado, desencadena una necesidad de violencia en lo Real del cuerpo: prótesis insertadas suplementando el cuerpo, piercing, tatuajes, perforaciones, dolor (orden de lo Real), que no significan ningún tránsito ni iniciación especial en la cultura. (Gatto, 2003).

A esto la autora lo llama achatamiento de lo simbólico, marcando que es propio de nuestra época, donde el sujeto pasa de lo imaginario a lo real, sin mediación simbólica.

En la actualidad con la hipermodernidad, el tiempo es vivido de forma vertiginosa, generándole al ser humano una dificultad para poder elaborar procesos, eventos de la vida cotidiana, en este sentido se construyen nuevas formas de subjetivación, que incluyen nuevas modas por decirlo de alguna manera, que merecen ser analizadas.

El adolescente como ser social cultural, no está exonerado de estas nuevas formas de subjetivar, si no por el contrario, forma parte de una época, un momento histórico, donde absorbe modos de sentir, de representar y de hacer que tienen su raigambre en lo social, cultural e histórico (Cao 2013). El punto central de esta etapa evolutiva y que de alguna manera marco presencia en este trabajo es la identidad, en este sentido nos encontramos con adolescentes en transición “vacíos”, donde vivencian un pasaje de la infancia, abandonando las creencias de esta etapa para poder encausarse a la adultez, re modelándose, donde la búsqueda de identidad es perentoria.

Entre tanto vértigo social cultural, sumado al vértigo en los cambios adolescentes, se necesita “capturar” momentos, procesos, donde se vive a través de la marca en el cuerpo la ilusión de captura, la resistencia al olvido (Corbo 2010), es a través de la memoria y de la captura de los acontecimientos, donde podemos generar historia, hacer historicidad, generando de esta manera identidad, tan necesaria en la etapa adolescente.

Por otro lado, es sumamente relevante subrayar, que el acto de marcar el cuerpo, específicamente de cortarse, puede leerse sobre la base de todo lo expuesto anteriormente, sumado a otra perspectiva no menor. Al respecto este acto, puede encerrar, en algunos casos, un intento de autoeliminación. Para Patrick Baudry, la diferencia entre “intento” y “suicidio” sólo reside en el desenlace de acto, para este autor, el origen es el mismo, el sufrimiento (Le Breton 2003). En este sentido vale decir, que hubo una evolución en la forma de concebir al suicidio, este tiene un significado concreto, que tiene que ver con matarse, destruirse o asesinarsé, lo que se entendería como un crimen contra uno mismo. A través del desarrollo de las investigaciones esto deja de ser un acto para convertirse en un todo, más amplio y más complejo, que es el comportamiento (Larrobla, Canetti, Hein, Novoa, Duran 2012).

Se puede ver al suicidio como un acontecimiento vital compuesto por varias dimensiones, biológicas, psicológicas, sociológicas, culturales y filosóficas. El fin del mismo sería poner fin al dolor, a situaciones de sufrimiento y tensión, que se han convertido para el paciente en insostenibles. Por lo tanto, la conducta suicida queda concebida como un continuo. En este proceso aparece la ideación suicida, es importante aclarar que esta no es un factor determinante para llegar a un suicidio, pero puede llegar a ser el primer paso predictor para un eventual suicidio (Barrios-Flechner, 2000).

Hay factores que se asocian a la ideación e interaccionan conjuntamente, transformándose de esta manera en factores de riesgo. Se entiende por factores de riesgo, a la presencia de situaciones contextuales o personales que, al estar presentes, aumentan la probabilidad de desarrollar problemas emocionales conductuales o de salud. Por otro lado, hay que tener en cuenta los factores de protección, estos hacen referencia a la presencia de situaciones contextuales o personales que reducen la probabilidad de desarrollar problemas emocionales, conductuales o de salud (Larrobla, Canetti, Hein, Novoa, Durán 2012).

Hay señales que dejan en evidencia el riesgo del paciente, como ser las señales verbales, que es cuando el paciente manifiesta de alguna forma deseos de morir. Y por otro lado están las señales no verbales como ser las automutilaciones, como los cortes, entre otras conductas. Aquí se especifica los cortes, tema que convoca la construcción de este trabajo, quedando de manifiesto que los mismos, pueden llegar a encerrar, en algunos casos, un intento de autoeliminación. En este sentido es de suma relevancia, no minimizar los mismos, ya que pueden estar hablando de alguna manera, de conductas suicidas. Es importante también, ante la presencia de adolescentes con cortes, no deducir que todos sean intentos de autoeliminación, en este sentido, es de suma importancia el análisis minucioso de cada situación y poder contribuir en pos de dilucidar que encerró ese acto específico, rescatando la singularidad de cada paciente.

## Articulación teórico-clínica

Ahora bien, la propuesta en este momento sería pensar la clínica y en particular la experiencia académica, articulando los conocimientos teóricos con una viñeta clínica, donde no se pretende violentar ni la práctica propiamente dicha ni la teoría, si no, por el contrario, poder pensar ambos aspectos en construcción. Con la finalidad de poder pensar la temática elegida, y de esta forma ir generando insumos que habiliten nuevas miradas.

Poder pensar el encuentro clínico con una paciente en particular, va a permitir rescatar la singularidad dentro de las generalizaciones teóricas. Y porque no, lo original, ya que cada ser humano tiene un estilo personal que hace a la diversidad humana.

Llega a la clínica Fiorella, la paciente tiene 16 años de edad, actualmente se encuentra fuera de la institución educativa, ya que abandonó el liceo por motivos que se irán plasmando a lo largo del análisis. A dicha paciente se le hizo un seguimiento, de varios encuentros semanales, de los cuales se extraerán parte de los mismos con la finalidad de analizarlos y articularlos con la teoría.

Fiorella ya en el primer encuentro manifiesta, “no quiero existir más”, su narrativa es escasa, pero con pocos enunciados decía mucho. Aquí se podría pensar si se está frente a un discurso que encierre una ideación suicida. Es prudente aclarar que esta idea suicida no implica un factor determinante para llegar al suicidio propiamente dicho. En alguna etapa de la vida del adolescente, como ocurre en momentos de gran ansiedad e impulsividad, puede convertirse en tal (Larrobla, Canetti, Hein, Novoa, Durán 2012).

Su madre, quien la acompaña, comunica que Fiorella sufre de depresión y que lo que más les preocupa de ella (a los psiquiatras y a su madre) son los cortes que se realiza en los brazos. Al respecto se hacen presentes indicios que muestran factores de riesgo, por un lado, la depresión ya que esta ayuda de alguna manera, a aumentar la ideación suicida. Y pensar los cortes en los brazos en este contexto, podría ser una señal no verbal que alerta acerca de la posibilidad de intento de autoeliminación. Para poder comprender mejor ante que se está, se va a ir desglosando y analizando su discurso y su conducta.

Como es sabido, en la adolescencia se realiza la simbolización de hecho de existir y por consiguiente una entrada activa, como miembro integro en la sociedad, donde se puede experimentar el gusto de vivir (Le Breton 2003); entonces, se podría pensar en este “no quiero existir más” como un discurso que desprende sufrimiento y sin sentido por la vida que se está viviendo, donde no se ha encontrado sentir el gusto de vivir. En este momento sería lícito empezar a cuestionar, si hay voluntad de muerte aquí, o estamos frente a una conducta de riesgo donde Fiorella busca a través de la misma encontrar un sentido, en relación a su existencia.

Las intervenciones verbales de Fiorella son escasas, mayormente prima el silencio, en los primeros encuentros. En este sentido es importante tener en cuenta, que los cambios culturales han traído consigo cambios en la subjetividad, al respecto, los pacientes actuales, no son los pacientes de la época de Freud, por el contrario, estas presentaciones clínicas, son muy distintas. Hoy en la clínica, a falta de novela o texto traído por los pacientes, el desafío consiste en reestablecer la cadena asociativa de los mismos, hilar, ligar junto a los pacientes, establecer vínculos y relaciones entre presente y pasado en la historia del sujeto (Contino 2011). Al respecto, esto deja en evidencia la incapacidad para representar y simbolizar, dificultad que entre otras cosas, marca el momento histórico social al cual asistimos actualmente.

Ahora bien, como dice López Schroeder (2004), esa modificación permanente en el cuerpo, esa marca, se contradice con la perentoriedad de una moda. Al respecto se podría comenzar a pensar, que es lo que se quiere retener, en ese acto que encierra y expone significaciones. En la época que asistimos en la actualidad, los objetos son vividos de forma efímera, entonces inscribir en la piel algo perdurable es una forma de negar la caducidad vinculada al paso del tiempo (T. Scalozub 2007). Por otro lado, esta época también promueve y sobre todo a través de los medios de comunicación, una sustitución de la palabra por la imagen (Le Breton 2003). En la era de la imagen y la exposición corporal, el valor que se le da al cuerpo y el papel que juega no es menor, se da como una suerte de intentar fijar la memoria al mismo.

En este sentido sus cortes impactan en quien la mira, pareciera que estos pretenden hablar por ella, dichos cortes en la piel, se nos proponen a la mirada. Al respecto podría pensarse que ésta adolescente forma parte de un espacio cultural y temporal, que se rige por la exhibición, el mostrar. Aquí queda de manifiesto como lo privado pasa a ser público. Se juega el ansia de ser visto de sustituir la privacidad por la exhibición (López 2004).

Ahora es lícito pensar qué está queriendo mostrar o decir que no lo puede decir en palabras, a través del lenguaje verbal. “Es que la marca en el cuerpo, así como el lenguaje, pueden evocar objetos ausentes, perdidos añorados. Tal vez pueda servir de mojón de amarre para que una nueva cadena de significación se arme” (López 2004 pág. 6).

En esta zona de balbuceo parafraseando a Cabezuelo (S/F) el desafío pasa por comenzar a darle paso a la palabra, habilitando de esta manera un espacio para poder construir desde la escucha y la mirada un vínculo, donde se pueda empezar a generar una relación terapéutica. Quizás es lícito cuestionar, si esta no es la forma (cortándose) de comunicar al otro algo, de relacionarse y por qué no, de inscribir en esa superficie de piel, huellas que otros dejan (Anzieu 2007).

Al respecto, es fundamental para el adolescente poder relacionarse con adultos que operen como referentes, en los cuales el joven pueda confiar, habilitando un espacio para la escucha y posibilitando la construcción de un relato de su dolor, de su sufrimiento y de los conflictos que condensan esta clase de acto (Le Breton 2003).

A través de los encuentros la paciente comienza a hablar, de a poco nos cuenta su historia, marcada (según su relato) por situaciones que son vividas como abandonos, cuando ella era una niña, por problemas familiares, su hermana, con la cual se llevan pocos años de edad, se va de su casa a vivir a Buenos Aires, con una tía, posteriormente se va su hermano, ya que se fue a vivir en pareja, y por último su padre, al cual ve muy poco, esta distancia es marcada por problemas de alcohol y agresividad por parte de su padre. La violencia entre jóvenes y adultos, deriva según Le Breton (2003), a causa de un deterioro en los vínculos, en las relaciones, esto trae aparejado que el joven tenga tan arraigada la violencia que se termina acostumbrando a la misma, lo cual termina en una violencia banalizada y por lo tanto no alarmante.

Se podría cuestionar, si a través de estos actos de cortarse, que implican un grado de violencia, la joven no viviría dicha violencia como una “virtud” de sacudir la inercia donde se encuentra inmersa, por su depresión, esta forma de “sacudón violento” quizás le hago “promover la vida”. Naturalizando a su vez y banalizando la violencia, como consecuencia de tanta violencia sufrida.

A través del relato que comienza a construir de a poco la joven, se torna significativo las pérdidas tempranas, éstas dejaron sus marcas, visibles y no visibles, acaso a través de los cortes nos quiere contar la joven acerca de esas marcas de dolor, es un punto para tener en cuenta.

Dichas pérdidas tempranas, sumado a la actual conflictiva relación entre padre e hija, muestran una dinámica familiar disfuncional, violenta, marcada por eventos estresantes, dejando a la paciente, en un lugar de vulnerabilidad, y mostrándole al técnico factores que ponen en riesgo a la paciente. En este sentido Le Breton (2005), concibe que las conductas de riesgo tienen su raíz en el abandono, la indiferencia familiar.

Es importante no olvidar que Fiorella llega a consulta por la preocupación de su madre y los psiquiatras por los cortes en los brazos. Sería interesante cuestionar si en este acto la paciente encuentra una forma de hacer ancla con el cuerpo en el sentido de Le Breton, donde afianza el valor de su existencia a los ojos de los otros. Y por qué no, poder visualizar en el mismo acto, un grito de dolor y pedido de ayuda.

En determinado momento, Fiorella comienza a hablar de su dolor, a resignificar sus pérdidas, lo que ella vivía como abandonos. Manifiesta claramente la tristeza que siente, la trabaja y resignifica, dando lugar a la angustia, a manifestar su dolor. En determinado momento, cuenta que su padre fue a visitarla alcoholizado por lo cual nos dice, “me sentí mal, triste, pero no quise cortarme”. Nos comenta que su padre le pide que no se corte, ya que de hacerlo lo “lastima”. Podríamos pensar este discurso del padre de Fiorella y cómo este impacta en la paciente, quizás la adolescente con este acto pretende causar ese efecto en su padre. También sería interesante cuestionar si en este momento la paciente se corta con la finalidad de diferenciarse de ese padre, en una actitud de oposición, sin poder mediar, simbolizar, reflexionar acerca de lo que le produce el vínculo con el mismo.

En esta línea podría pensarse los cortes como un pasaje al acto que realiza la joven, donde hay una inversión del movimiento pulsional sobre la propia persona. Esta inversión está determinada por movimientos de odio dirigidos contra los objetos, que al invertirse impactan en la propia persona. Sería lícito preguntarse, si a Fiorella no la invadían sentimientos de hostilidad para con su padre, los cuales no podían manifestarse por distintos motivos y terminaban dirigidos a su propia persona. Esta descarga de tensión, podría estar vinculada a la incapacidad de la paciente de pensar el hecho, de simbolizar y poder llegar a una resolución con otras herramientas internas. Por lo cual llevaría a pensar, si esta actitud violenta para con ella misma no está asociada al deseo de desligarse y no aferrarse a ese orden simbólico que la rodea, podría tratarse de un “desanclaje” existencial, simbólico y social (Le Breton 2003). Quizás la paciente busque diferenciarse de ese padre y esa familia, y por qué no oponerse al mismo.

Le Breton (2003) plantea que el adolescente se agrede, porque es la forma que encuentra para agredir al grupo en la noción que éste tiene de su persona, al violentar al mismo de esta manera, cuestiona lo arbitrario de los roles sociales y procura que el entorno reaccione en relación a ese acto, teniendo de alguna forma algún tipo de poder sobre el mundo. El autor plantea también, que el joven, parece no tener dominio sobre su cuerpo y al ponerlo a prueba agrediéndolo, encuentra la manera de probar sus límites y de esta forma espera adueñarse nuevamente de él.

En este sentido, es interesante mencionar que un estudio proporciono ciertos datos en relación a este tipo de actos, el cortarse. El adolescente mostraría poca tolerancia a la frustración. Este tipo de actos los realizaba posteriormente a una discusión con los padres o con la pareja sentimental, de forma impulsiva, con el objeto de disminuir la frustración o provocar culpa en la persona con la que discutían (Flores, Hernández, Navarrete, Figueroa 2013).

Ahora bien, lo mencionado líneas arriba, deja en evidencia la dificultad simbólica, de representar, de elaborar de la paciente, de poder procesar determinados hechos relevantes de su vida para poder abordarlos y responder desde una forma más saludable para ella misma. Al respecto no es menor subrayar que la adquisición de una herencia simbólica y portadora de sentido y límites está bastante debilitada en el contexto familiar de Fiorella

Al respecto es necesario el pasaje por el conflicto o confrontación generacional. En una familia como la de Fiorella, donde no hay referentes, ejemplos a seguir u oponerse (conflicto intergeneracional), porque no hay un sano enfrentamiento generacional (Viñar 2009), no hay con quien debatir sanamente, la guerra es contra ella misma. Donde queda plasmada la imposibilidad de confrontar a otro, en este caso su padre, vale decir, de confrontarlo de una manera que excluya el dañarse a sí misma.

El encuentro con dos mujeres en el encuadre clínico, la docente y la estudiante, colaboró para que la paciente se enfrente al otro, acoplándose en semejanzas, encontrando referentes. Y porque no oponiéndose, lo que contribuye a construir su singularidad como persona. Como dice Viñar (2009) hoy asistimos a una época, donde existe una “caída de los grandes relatos” hay un “fin de las utopías” y esto como podemos ver, tiene sus efectos en los adolescentes. Donde queda a quién o a qué seguir y a qué o a quién oponerse. Dejando como una suerte de “libertad total” de acción y decisión, pero de nada sirve tener libertad, si no se sabe qué hacer con ella.

Los adultos juegan o deberían jugar un rol fundamental, en relación al adolescente marcar una referencia, un camino, un enfrentamiento sano, que pueda habilitar la adquisición y plasmación de la identidad individual y social (Kancyper 1997).

En este sentido quizás la paciente realizándose cortes busca dramáticamente mantener los límites del cuerpo y del Yo, buscando de esta manera poder reestablecer el sentimiento de estar intacta y de sentirse cohesionada (Anzieu 2007). Fiorella en parte de su proceso terapéutico, se muestra “desarmada” vacía con una existencia (según sus palabras) sin sentido, desbordada y sin capacidad representacional. Aquí podría pensarse, si estos cortes no pretendían plasmar “agujeros” yoicos, procurando a través de los cortes mostrar un Yo desarmado pero que, a la vez está en lucha por encontrar cohesión a través de los mismos. Donde no hay “envoltura” ni contención de los contenidos, donde la profundidad de la alteración de la piel es directamente proporcional a la profundidad de la herida psíquica (Anzieu 2007).

También podría pensarse en la fantasía que puede promover ese acto, pensando en los aportes de Anzieu y el concepto de Yo-Piel y su construcción como estructura, en relación al vínculo madre-bebé, se torna interesante pensar la relación de Fiorella con su madre. Para eso se debe tener presente, que la madre es quien la acompaña y se preocupa por sus cortes (según su relato) y los psiquiatras también. Pareciera que en esas idas y vueltas que provoca la joven a través de los cortes, se establece una relación de acompañamiento. En algunos encuentros Fiorella manifestaba “a mi madre le cuento todo”, vale decir que, en los dos primeros encuentros, entro la madre de la joven, a pedido de la misma. Entonces la pregunta sería, si en este proceso adolescente, que transita la paciente, donde se va dejando atrás la niña, con todo lo que ello conlleva a nivel vincular con los padres, la paciente no busca a través del corte, encontrar una “nueva piel”. Reconocer que cada uno tiene su propia piel y su propio yo, se efectúa con dolor y muchas veces resistencia, pero es la forma de romper con la ilusión simbiótica de ser una misma piel (Anzieu 2007). “Tal vez estemos presenciando la “ilusión narcisista” de construcción y gestación del propio cuerpo, sirviéndonos de modificaciones en la piel de su aspecto” (López 2004, pág. 2).

En relación a lo mencionado, Kancyper (1997) plantea que el hijo necesita conquistar un lugar propio, en cuanto al territorio espacial psíquico, ya que el mismo oficia de sede de la independencia que aun el joven no tiene pero que desea tener, aunque ese proceso y avance este marcado por la necesidad de dependencia.

El desafío es acompañar el “armado” de ese Yo, que está atravesando por esa crisis adolescente que lleva consigo la sensación de vacío, pero que este se ve acentuado por la poca o nula contención familiar, sobre todo de sus padres. Contribuir en el acompañamiento y contención del adolescente, ayuda a que este se sienta cohesionado, en sus contenidos, en su vida psíquica.

Este “rearmado” del Yo, trae aparejado, el acontecimiento de lo nuevo, articulado sin duda con aspectos ya establecidos, pero que da espacio a la creación. La construcción de un nuevo cuerpo, distinto al de la infancia, un cuerpo que se vive como extraño en un principio, ya que se hace notar con nuevas sensaciones, nuevas formas de sentirlo y vivirlo. “Coincidimos en pensar al cuerpo como una realidad en construcción, en el transcurso de una historia, del armado subjetivo, del armado de un cuerpo erógeno, siempre en relación a otro” (López 2004, pág. 3).

Es lícito preguntar si a Fiorella este aspecto no la perturba de algún modo y al no poder representar tanto cambio a nivel corporal, busca que este (el cuerpo) “no exista más” o al menos esa modalidad de vivirlo y sentirlo.

En este sentido, a medida que Fiorella comienza a primar y desplegar el orden simbólico, a través de la palabra, de explorar sentidos, deja de tener relevancia el acto de cortarse. Quizás la paciente pudo conectarse con su fortaleza desde la resignificación de su historia, pudo ver su resistencia al dolor, sin tener que dar cuenta de la misma a través de los cortes, ni mostrar a través de los mismos que ella resiste al dolor, pudo lograr ser consciente de sus fortalezas a través de su discurso y resignificación. Pudo armarse, sintiéndose más cohesionada.

De esta manera y de a poco Fiorella fue llenando su mundo simbólico de sentidos y significados, teniendo sus efectos en lo real, la vimos llorar por primera vez en un encuentro cercano al cierre, celebramos que el dolor se expresara en lágrimas y que no haga “carne” en el cuerpo. Dejo salir su angustia, por otro órgano que no es la piel, si no por los ojos, a través de su llanto.

Quizás de eso se trate, de acompañar ese proceso de cambios, sin negar el dolor y el movimiento que ello conlleva, como dice Viñar (2009) este periodo es “ruidoso” la calma no es buen pronóstico.

Es un desafío colaborar para que el adolescente re construya su identidad en esta etapa, en este sentido tanto técnico como adulto deberían cuestionar su participación, el modo de acompañar al adolescente.

Poder des construir ese acto, que desde una mirada superficial encerraría valentía, no cualquiera puede cortarse tan salvajemente... y poder profundizar y reflexionar que es un acto que encierra miedo y dolor, donde el adolescente se “testea”, se prueba y encuentra una pseudo valentía dentro del miedo que le produce tanto vértigo social.

Es un desafío construir memoria desde la psiquis, en una época donde se prima el presente, el momento. Donde no hay relatos familiares que ayuden a la cohesión. De ahí la importancia de la palabra, de la narrativa, que habilita a la historicidad de cada persona y ayuda a fijar “marcas” en el recuerdo, en la memoria, como fuentes de sentido e identidad. Todo esto colabora a que la existencia tenga un sentido y no se tenga necesidad de acudir a estos actos donde se juegue con la metáfora de la muerte para poder desde ahí, darle sentido a la vida, a la existencia.

Que el precio de la metamorfosis simbólica, no se pague con la vida, ni con heridas que no se puedan borrar. Para esto es importante que el adolescente, este sostenido, contenido, en un contexto donde los adultos le aporten valores, sentido a su existencia, en relación a lo mencionado, no olvidemos que Fiorella, se encontraba por fuera de la institución educacional, había abandonado el liceo. Al respecto es importante mencionar la importancia de que el joven forme parte tanto de una institución familia y educacional ya que estas le aportan un mundo simbólico, el abandono del liceo es una retirada del mundo simbólico, es decir el mundo del sentido, y se entraría a marcar la existencia al ritmo de los latidos del mundo pulsional (Le Breton 2003).

Analizando a esta adolescente, se pudo visualizar significados y sentidos que encierran los actos de cortarse. Pero específicamente el acto de cortarse de Fiorella, se pudieron construir significados, sentidos, bien singulares y únicos, específicos de la viñeta clínica. Se estaría en condiciones de decir, que se está frente a una conducta de riesgo, donde Fiorella juega metafóricamente con la muerte, en pos de encontrarle sentido a la vida, donde busca salir de estas situaciones con una “nueva piel”, buscando resignificar su existencia. A través de actos, gritos de dolor, que plasman el miedo con que transita su proceso adolescente, en una lucha por generar su nueva identidad que conllevan una necesidad de dependencia a la vez.

Adolescente inscripta en un momento histórico social, que colaboró sin duda, a esta clase de actos. Donde la retirada de los adultos deja a los jóvenes a la deriva, el adolescente no tiene a quien confrontar, no hay quien imponga límites que habiliten a una construcción de una identidad sólida, desde el afecto, la contención, desde la piel, del contacto con el otro.

Fiorella a través del encuentro, la palabra, pudo desplegar su dolor y resignificarlo. En el último encuentro manifestó “las voy a extrañar”, aquí se desprende que pudo transitar el duelo de la separación desde la palabra y no vivirlo como una nueva pérdida. Y a su vez, poder procesarlo desde el afecto y no desde la agresión. Por otro lado, la paciente comentó acerca de su deseo de retomar el liceo y danza, este retomar de lo simbólico, del sentido, que aporta la institución.

Lo que empezó siendo “un caso por cortes” se fue transformando en Fiorella, una adolescente que siente, que habla, que extraña. Y que al mismo tiempo la docente y la estudiante comentan mientras la esperan para el último encuentro; “como la vamos a extrañar”.

## Conclusiones.

En primer lugar, lo primero que surge a la hora de arribar a conclusiones, tiene que ver con el concepto de proceso, en varios sentidos. Se comenzará por señalar el proceso que llevó la realización de este trabajo, se necesitó de espacio para reunirse, para leer y procesar los contenidos, de modo tal que se necesitó de tiempo en definitiva. Y pre disposición para volcarlo en dicha realización. Aspectos que se correlacionan a la hora de pensar la práctica clínica, donde también se necesitaron de estos elementos, lo curioso aquí sería pensar a estos, en relación al momento histórico social en el que estamos transitando. En la era del “lo quiero ya” del “llame ya”, poder disponerse a transitar un proceso resulta todo un desafío. Esto se aplica para la clínica psicología también, tanto para los pacientes como para el profesional.

Es interesante subrayar como en cada momento histórico social, van variando considerablemente las presentaciones clínicas, no solo a nivel de presentación, sino en los factores que aportan a la construcción de las mismas. Por ejemplo, en las históricas de Freud, el síntoma del cuerpo, aparecía en consecuencia de los deseos reprimidos, sobre todos sexuales, en un contexto histórico-social, donde primaba la privación, la represión y la puesta de límites impuesta por la autoridad. Hoy asistimos a una época histórica social, donde las presentaciones clínicas dan cuenta de faltas de estructuras sólidas, de límites (Contino 2011). Llegan a la clínica sujeto con incertidumbres sobre las fronteras entre el Yo psíquico y el Yo corporal, entre el Yo realidad y el Yo ideal, entre lo que depende de sí mismos y lo que depende de los otros (Anzieu 2007), esta es una clara fluctuación de las fronteras. Estos aspectos no vienen solos, sino que se hacen presentes en la clínica, caídas en la depresión, confusión de las experiencias agradables y dolorosas, no hay diferenciación pulsional que hace sentir el aumento de una pulsión como violencia y no como deseo. Por lo tanto, en la clínica prima una necesidad de reestablecer límites, de reconocer y construir nuevas fronteras y territorios que sean habitables y viables para el sujeto. En este sentido ante las nuevas demandas es lícito que el profesional se interrogue acerca del abordaje y el alcance que tiene su disciplina, ya que todo esto lleva a una nueva clínica que involucra nuevos desafíos y re planteamientos teóricos y prácticos.

Dentro de esos parámetros expuestos, se ubica la joven de la viñeta clínica, una adolescente cuyas condiciones de vida actual la tornaban como una chica con una vida vacía, sin sentido, desamparada, sin adultos referentes y contenedores.

Lo cual lleva a la profesional, a pensar en este contexto de la joven, medir factores de riesgo que le aporta el ambiente, hacer del contexto, texto de análisis clínico. Un análisis que requiere contemplar lo histórico social, y lo individual de la historia de cada sujeto, es historia y significación única, donde un mismo acto en los adolescentes, como el de cortarse, tienen distinta significación y sentido, dependiendo de cada joven en particular. Por supuesto que pueden compartir aspectos, como ser la era de la imagen, que sustituye la palabra, el valor que se le da al cuerpo en la actualidad. Los aspectos que de esta etapa adolescente se desprenden, etapa dramática y tormentosa, llena de tensiones, inestabilidad. Que supone un corte profundo con la infancia, en palabras de Rousseau es como un nuevo nacimiento, en el que el joven adquiere las características más elevadas (Larrobla, Canetti, Hein, Novoa, Durán 2012). Quizás se podría pensar si este “corte” con la infancia, no es el que plasma Fiorella en sus brazos.

No se trata para nada de confundir la muerte con el nacimiento. Sino de forzar a través de la muerte un pasaje. No se trata de ir hacia el fin de sí mismo sino hacia la separación de sí, y de los demás, de nacer socialmente en la mirada del otro. De acceder a la existencia y hacer existir un mundo todavía opaco, sin rostro, y que no ofrece ningún lugar para ocupar (Le Breton 2003, pág. 104).

De modo que, pensar en un acto, como el de cortarse, implica poder generar una visión integradora y colaborar para una construcción conjunta, para poder llegar al entendimiento de cada situación singular. En este sentido, es importante como dice Viñar (2009), pensar en que se mira y como se mira, hacer conscientes los a priori teóricos intentando no violentar la práctica desde ahí. Sin duda que todo esto, lleva un tiempo y un proceso, que tiene que ver en la clínica con el tiempo de cada paciente, con el inconsciente, y ese no es el tiempo real por decirlo de alguna manera.

Otro aspecto que se desprende de este trabajo, es el valor que tiene el acompañar al adolescente, sin duda que requiere de una formación académica para hacerlo desde la clínica psicológica, pero es relevante no dejar de mencionar y subrayar el valor del afecto, del respeto en el trato, de lo humano, en definitiva. Hoy se asiste a una clínica de riesgo, del límite, pero no debería olvidarse que esas condiciones y características que trae el paciente se construyen en un ambiente donde no hay capacidad de contener a ese ser humano, donde están rodeados de un mundo de objetos con precariedad para esa función (Contino 2011) De modo tal, que esto trae aparejado adolescentes vacíos, con vidas sin sentido de existencia, donde el encuentro clínico les puede aportar ese espacio de “envoltura” donde se habilita un resignificar y rearmar el Yo.

Ahora para esto, si bien es fundamental contar con una teoría y una técnica, es fundamental también el valor humano, en lo que tiene que ver con la capacidad de empatía, de comprensión, de apoyo, de respeto, que esto va más allá de todo, se podría decir que atraviesa a toda practica humana. De modo tal, que se podría colaborar para que las familias asuman ese lugar, el de los valores. Los aspectos técnicos del trabajo psicológico está bien que sean derivados a los profesionales, pero esto no implica que también se espere que el profesional llene otros vacíos creados por la familia, de hacerlo, sería muy valorable, pero quizás debería trabajarse la premisa donde el dar amor y contención va más allá de ser instruido en cualquier práctica teórico técnica. Y sobre todo que las personas puedan entender que la puesta de límites no es sinónimo de falta de amor, poder trabajar con los padres, la culpa que les genera en algunas circunstancias poner límites.

Como dice Pilar Sordo (2009) educar es a veces caer antipático y no agradar, esta psicóloga subraya también que los padres buscan ser queridos y eso dificulta a la hora de educar. Tiene miedo de perder el amor, por poner límites a sus hijos.

Esto, no solo se ve a nivel de las relaciones padres e hijos, se ve muchas veces, en figuras que representan la autoridad, sea un maestro, un médico, etc. En una era donde “nada es imposible” están claramente derribadas las fronteras y los limites, parecería que cada uno individualmente se los tendría que poner, igual al precio de poner en riesgo su vida y su existencia. Y este riesgo se ha convertido en una forma de vivir.

Como profesionales de la salud, pero sobre todo como personas adultas, se debería ocupar ese rol de adulto referente y saber sostenerlo, en un contexto donde ser adulto sea tan válido y agradable como ser joven, ocupando de esta manera cada uno su lugar, con todo lo que ello conlleva y le aporta sobre todo al adolescente. No permitir caer en el “juvenilismo” (Le Breton 2003), ocupando territorios que no le pertenecen al adulto, poder dejarle el lugar al joven, pero estar ahí “envolviendo” y conteniendo ese lugar.

Poder tener presente, que las problemáticas que hoy traen los adolescentes a la clínica, no responden a que “la juventud esta toda mal” como se escucha vulgarmente, si puede estarlo, pero por una responsabilidad total de los adultos, en todo caso todos estarían mal, los jóvenes son la cara visible de lo que no están pudiendo hacer bien los adultos. Entonces sería un buen momento para que todos reflexionen sobre ello. Jóvenes y adultos, en una confrontación generacional, pero con argumentos, con palabras, con capacidad representacional, con empatía y afecto.

Que el adulto este para ese joven y que esa presencia signifique y ayude a bordar la existencia de ese otro.

El desafío se despliega en este escenario histórico social del consumismo, donde se teje una forma de relacionarse, el otro como objeto de consumo, pierde su capacidad de sujeto. Quizás las condiciones no sean las más propicias, pero se podría pensar como poder lidiar con esos aspectos, hacer como los esquimales que, pese a la hostilidad del ambiente, logran tejer relaciones de confianza y serenidad y sobre todo capacidad de vivir (Anzieu 2007). Al respecto, poder rescatar el amor por la vida, ningún adulto que no ame su existencia puede ser el modelo de un adolescente, estos necesitan confiar y sentir que es placentero vivir, pese a las dificultades. Es válido preguntarse quién tendría ganas de crecer y acceder a un mundo adulto donde parece ser, bastante cruel habitarlo.

Es un deber moral del adulto, tomar el timón en estos temas y empezar a navegar, contra vientos y mareas; recién cuando el joven cuente con las herramientas para vivir su libertad pasar el timón, él enfrentará otras mareas y otros vientos a favor y en contra, pero recordará como ejemplo a su antecesor y en medio de las tormentas hará movimientos que aprendió que se hacían con el timón, y a su vez generar algunos nuevos que seguramente serán ejemplos para otros.

Por último, es fundamental para trabajar en la clínica psicológica el haber transitado o estar transitando, por un proceso psicoterapéutico. Como es sabido, este trabajo final de grado, surgió en relación a la experiencia transitada en las prácticas académicas, esto requirió, dedicación, tiempo, no solo el que se brindó en las practicas propiamente dichas, sino un tiempo que toca lo personal, tanto de la vida académica del estudiante, como la vida psíquica privada. Donde el análisis propio tuvo un lugar fundamental. En este sentido la profesión del psicólogo, tiene la particularidad, de contar con herramientas de trabajo que son internas, están integradas a la persona tanto como al profesional. Un buen manejo de las mismas va a colaborar para poder separar lo propio de lo ajeno, va a habilitar construcciones en la clínica, que van a tener que ver con lo que trae el paciente, no cayendo de esta manera en construcciones basadas en las fantasías que el profesional construye sobre determinadas cuestiones. Entonces se torna un deber ético y moral, el análisis propio, una responsabilidad que debe asumir el profesional que se aprecie como tal.

## Referencia

- Anzieu Didier (2007). El Yo-Piel. Ed Biblioteca Nueva
- Cao Marcelo (2013). Adolescencia una transición riesgosa. I coloquio internacional sobre culturas adolescentes, subjetividades, contextos y debates actuales. Argentina, Francia y Uruguay.
- Contino Silvana (2015). Tesis: Estudio exploratorio sobre la construcción de la vivencia del problema que motiva a los adolescentes a consultar por atención psicológica en un servicio clínico universitario.
- Contino Silvana (2011). La Clínica al límite y del límite. AUDEPP, inédito
- Corbo Gonzalo (2010). Tatuajes y resistencia al olvido. En [www.querencia.psico.edu.uy](http://www.querencia.psico.edu.uy)
- Cristóforis Oscar De (2006), Cuerpo vinculo lenguaje: en el campo Psicosomático, Lugar Editorial.
- Diéguez Analía (2013). El cuerpo en la adolescencia y la construcción identitaria. V congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología XX jornadas de investigación noveno encuentro de investigadores en psicología del MERCOSUR. Facultad de psicología \_Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires 2013.
- Flores E, Hernández C, Navarrete K, Figueroa G (2013). Frecuencia de autolesiones y características clínicas asociadas en adolescentes que acudieron a un hospital psiquiátrico. Salud mental Vol. 36 Nro. 5.
- Freud Sigmund (1895). Estudios sobre la histeria. (trad.: José Luis Etcheverry) Buenos Aires: Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen III

- Freud Sigmund (1900). La interpretación de los sueños. (trad.: José Luis Etcheverry) Buenos Aires: Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen V
- Freud Sigmund (1905). Tres ensayos de teoría sexual. (trad.: José Luis Etcheverry) Buenos Aires: Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen VII.
- Freud Sigmund (1914). Introducción del narcisismo. (trad.: José Luis Etcheverry) Buenos Aires: Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen XIV.
- Freud Sigmund (1923). El yo y el Ello. (trad.: José Luis Etcheverry) Buenos Aires Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen XIX.
- Gatto, Ana María (2003). Cuerpos fragmentados o Con la ideología en la carne. Acheronta. Revista de Psicoanálisis y Cultura. Recuperado: 2009, 12 de marzo. Disponible en: <http://www.acheronta.org>
- Jaume Cabezuelo Martin. (S/F) Lo más profundo, la piel. En [www.academia.edu](http://www.academia.edu) Lo más profundo la piel.
- Kancyper Luis (1997). La confrontación generacional, Estudio Psicoanalítico, Editorial Paidós
- Lacan, Jacques (1949). El estadio del espejo como formador del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" Escritos, 1966, México: FCE.
- Lacan, Jacques (1949). El estadio del espejo como formador del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" Escritos, 1966, México: FCE.
- Larrobla Cristina, Canetti Alicia, Hein Pablo, Novoa Gabriela, Durán Mariana (2012) Prevención de la conducta suicida en adolescentes. Guía para los sectores educación y salud Art. 2
- Le Breton D (2011). De los juegos de la muerte a los juegos de vivir., Ed: Topía, Bs. As.

- Le Breton D (2003). Adolescencia Bajo Riesgo Cuerpo a cuerpo con el mundo., Ed: Trilce, Montevideo Uruguay.
- López Schroeder Ana Lía (2004). Tatuajes Hoy. Revista APPIA, N 15.
- Scalozub Telma (2007) El protagonismo del cuerpo en la adolescencia. Psicoanálisis vol. XXIX, N° 2, PP 377-391
- Sordo Pilar (2009). No quiero crecer. Grupo Editorial Norma, Santiago de Chile, Chile.
- Viñar Marcelo (2009). Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio. Ed: Trilce, Montevideo, Uruguay.